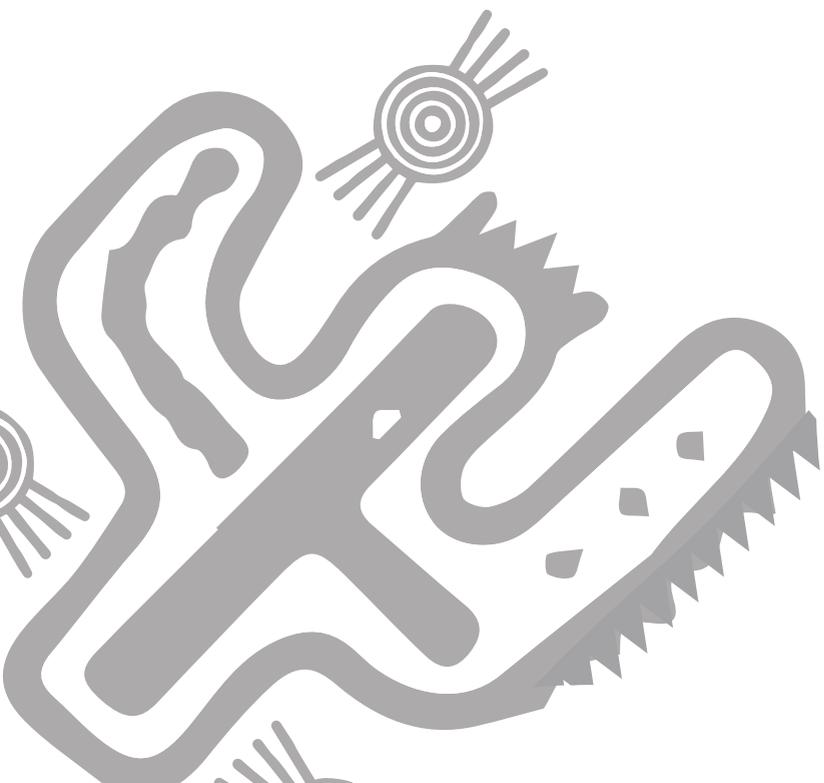


Un hombre va al saber como a la guerra: bien despierto, con miedo, con respeto y con absoluta confianza. Ir en cualquier otra forma al saber o a la guerra es un error, y quien lo cometa vivirá para lamentar sus pasos.
Carlos Castaneda.

LOS REMEDIOS DEL ESPÍRITU

Los taitas cofanes a partir de *Las enseñanzas de don Juan*

JORGE MAURICIO CARMONA LÓPEZ



Enfrentarse a la lectura de *Las enseñanzas de don Juan* (Castaneda, 1974) implica, desde mi experiencia con los cofanes del Putumayo, acercarme no sólo al conocimiento académico, sino llegar a entender las vivencias adquiridas por un personaje, sea o no de ficción, con plantas sagradas en medio de nativos mexicanos conocedores de la medicina. De antemano, quiero expresar mi postura frente a la lectura de esta obra, permeada en gran medida por la relación directa que tengo con las plantas de poder; y es que, a pesar de las dudas que ha generado un investigador como Carlos Castaneda, pienso que la narrativa de los sucesos descritos en esta, su primera obra, tienen de alguna manera una intimidad estrecha con los rituales sagrados; quizás la única manera de hablar de estas medicinas es entrando en contacto directo con ellas, sintiendo la presencia de sus espíritus recorrer nuestras arterias durante cada ceremonia.

Don Juan, un abuelo Yaqui, me lleva a recordar los rostros envejecidos de los mayores cofanes; los rasgos mencionados al inicio de la lectura me permiten evocar entre imágenes, sucesos, historias y recuerdos, aquellos encuentros con los maestros que me sirvieron remedio en sus ceremonias con la intención de que aprendiera del bejuco, un aprendizaje que se extendería —y sigue haciéndolo— durante largos años.

Buscando esa alianza nativa entre el libro de Castaneda y mis recuerdos, voy a compartir la información obtenida desde mi lectura, e intercambiar las ideas construidas. El lector podrá comparar su experiencia con el texto del antropólogo, *Las enseñanzas de don Juan*, si aún no lo ha hecho, deberá acercarse a su lectura y quizás, con lo experimentado en la ritualidad de lo sagrado, en mi caso el yagé, sacar sus propias conclusiones. Espero que las ideas expuestas permitan una mirada ancestral de este maravilloso libro que me ha permitido aferrarme a la idea de ir descubriendo el chamán que llevamos dentro para sanarnos a nosotros mismos.

En la primera parte del libro, que se publicó por primera vez en 1968 y se tradujo al español en 1974, denominada «Las enseñanzas», el investigador es puesto a prueba por su benefactor, aquel iluminado que ha descubierto desde tiempos tempranos su capacidad para entender las plantas de poder. Castaneda conoce a don Juan Matus, como llamaría a su maestro en toda la obra, en una estación de buses mientras el indígena se alistaba para regresar a su pueblo, de una forma extraña, casi como de suerte; alguien cercano a Carlos le comenta del mayor, un indio Yaqui que posee el conocimiento y decide ir en su búsqueda. Antes, el autor, que a su vez será el personaje principal de esta historia, nos ubica espacialmente en una época donde la experiencia con plantas todavía era un privilegio exclusivo para grupos nativos o uno que otro antropólogo que dejaba de lado la cátedra de sus profesores para ser orientado en nuevos caminos por chamanes de otros territorios del mundo. “De pronto se inclinó hacia mí y dijo que el hombre sentado junto a la ventana, un indio viejo de cabello blanco, sabía mucho de plantas, del peyote, sobre todo. Pedí a mi amigo presentarme a ese hombre” (Castaneda, 1974, p. 53).

Si bien es cierto que el investigador, proveniente de la Universidad de California, ya había comenzado sus búsquedas personales, encontrarse con quien sería su maestro fue el acontecimiento que inició las enseñanzas que recibiría de aquel viejo conocedor de la vida. “El llamado”, como nombraremos a este encuentro, se dio en un lugar inesperado, desde un contexto diverso al que un estudiante de antropología pudo pensar. Dadas las circunstancias antes descritas, me atrevo a decir que estas razones a veces incomprensibles para la ciencia, tienen un peso verídico al momento de comprender toda una filosofía de existencia nativa que se desarrollará en esta historia contada como un diario de campo, y vivida por el protagonista desde una íntima conexión con el peyote, “mescalito”, como insiste don Juan durante toda la historia, al invocar el nombre de esta poderosa planta.

La urgencia de conocer lo que por siglos han conservado como sabiduría única aborígenes y nativos del mundo, ha sido el motivo de estudio para la antropología y las diversas ciencias que andan en búsqueda de una verdad posible, aunque también personas de la sociedad que no pertenecen a ningún campo científico en particular, pero que siente en su espíritu una conexión importante con la forma

de vida indígena y que los ha llevado a búsquedas implacables de los remedios que la selva ofrece, intentado cambiar sus formas modernas de vida; los primeros (antropólogos e investigadores) utilizan métodos elaborados, desde una praxis de ensayo-error, con la intención de verificar con rigurosidad lo descubierto en aquel territorio explorado, buscando acercarse a una información que los aproxime a una verdad “única”. Los segundos (personas del común) buscan en la experiencia directa con ese mundo místico el método natural para sanar sus miedos, como también poder acceder al conocimiento; esto implica acercarse a una comunidad, entrar en sus rituales, compartir sus costumbres, diferentes a las nuestras, adentrarse a través de las ceremonias con esa antigüedad celebrada en territorios ancestrales y poder acceder a otros mundos, a otros estados de la conciencia.

Dentro de la tradición oral, la leyenda Wixarika, en español pueblo huichol, narra el encuentro de su gente con el peyote. El relato cuenta que los hombres nativos de sangre huichol recorrieron el desierto buscando un camino sagrado que los llevara a un nuevo comienzo; sedientos y con hambre, como se encontraba su tribu, hallaron, en medio de la incertidumbre y el sufrimiento un venado que los guió hasta Wirikuta, lo que hoy es su territorio ancestral, y así persiguieron al venado durante largos días, entre el sol y la arena, hasta que el animal saltó al lugar donde habita el espíritu de la tierra. No lo volvieron a ver jamás; sin embargo, hallaron una planta llamada peyote, que cortaron y llevaron a su comunidad convirtiéndose en fuente de vida y sabiduría; rige desde tiempos anteriores al nuestro, toda la cosmovisión que la tribu debe continuar, hasta haberla transformado en sagrada. En los mitos de creación, la conexión con la planta de poder se da a través de un relato que cuenta cómo esa planta sagrada salvó a su pueblo, consolidó su cosmovisión, sus creencias y su ritualidad.

El pueblo A'i¹ los hombres del yagé, describen su ritualidad y su cosmovisión a través de su mito de origen, texto que podemos encontrar en su plan salvaguarda del año 2010. Sin embargo, hay otra narración de su mitología indígena en donde se expone la idea de salvación del pueblo, a través de un regalo otorgado por Dios, el relato cuenta:

¹ A'I, de la lengua cofán, traducida al español, significa “gente”.

Dios creó al mundo. Bajó del cielo, desprendió un mechón de cabello de su cabeza y lo sembró en la tierra. De allí nació un bejuco, tomó primero la bebida y le dijo al hombre cofán que bebiera de su raíz, y aprendiera el conocimiento de la vida. (Gustavo Queta, comunicación personal, 22 de marzo de 2014)

Desde ese momento en que los hombres del yagé comenzaron a entender la naturaleza de su poder, han decidido resguardar sus costumbres al amparo de la bebida sagrada, así, ella les otorga todo el equilibrio que su comunidad necesita desde los diversos niveles indígenas y humanos, sanar el cuerpo, la mente y el espíritu para lograr que en comunidad se alcance un esplendor para coexistir en armonía con todos los seres vivos que rodean su naturaleza. De ahí el concepto del “buen vivir”, que radica su esencia en el respeto que se debe tener por todo lo que nos acompaña en el camino: animales, plantas, ríos, montañas, hombres, todo lo que contenga vida debe ser protegido bajo el criterio de respeto. También la protección se extiende a los seres espirituales que habitan las selvas y sus lugares sagrados, (hombres cofanes que han sucumbido ante la muerte y han trascendido en su espiritualidad) dejaron un cuerpo humano para convertirse en espíritus y deidades animales que desde otro espacio ancestral cuidarán de su gente, de su comunidad. Los mitos de creación permiten a su vez fundamentar los cimientos que se deben seguir para cuidar de ellos mismos. Todo inicio cuenta una forma, un arquetipo desde la ritualidad que se debe seguir, siempre inicia con un grupo reducido de indígenas que tienen la tarea de continuar la ritualidad de la primera enseñanza.

Castaneda fue escogido para aprender un conocimiento indígena a través de “el llamado”; el aprendizaje comienza cuando la planta lo elige, ella ha visto la conexión espiritual, a modo de visión, mediante un benefactor o chamán, capaz de sentir esa mágica empatía entre el aprendiz y la medicina sagrada, moviendo el universo de cada ser para procurar que ese encuentro se confirme. Experimentar un conocimiento encontrado en la medicina indígena me permite entender de una manera diferente por qué Carlos Castaneda se encuentra con su destino de aprendiz cuando es llamado por la planta para que conociera de ella, una persona que en su corazón lleva un sentido de comunidad que sólo un indígena podría alcanzar. “Mescalito” lo ha recibido en

su hogar gracias a que don Juan, su benefactor, ha confiado en un hombre diferente para transmitir su conocimiento, como había hecho el peyote miles de años atrás cuando el remedio eligió a los primeros hombres de este mundo para recibir el poder de su espíritu protector. Se podría decir, entonces, que el “elegido” es una suerte de heredero de la sabiduría guardada en la memoria antigua del chamán. Quizás, el hecho que una persona del común logre ingresar a ese círculo tan cerrado, se deba a que desde sus raíces viene destinado a competir por ese lugar en el mundo espiritual.

Don Juan escanea al antropólogo, un hombre de academia que anda en busca de sabiduría. El indio Yaqui no se explica por qué, pero siente en su interior la intuición que señala a Castaneda como el “elegido”. Esta parte de la iniciación, aunque distante de la selección natural que existe entre la gente de una misma comunidad, se asemeja a ese llamado que solo puede realizar un hombre sabio, un chamán, el más antiguo, aquel que ha batallado en cada ceremonia con los diversos espíritus de este plano astral y de otros tantos que aún muchos de nosotros desconocemos, para elegir en vida al discípulo correcto que lo va a suplir en su ausencia. El discípulo tendrá que enfrentarse a diversas pruebas que el remedio le tiene previsto, siempre con la guía de su maestro, su benefactor.

Mientras leo el capítulo del libro que habla de toda esta relación del maestro y su aprendiz, desde “el llamado” hasta la primera prueba, recuerdo cuando parado frente a un altar minuciosamente organizado, don Alonso Salazar, el taita que los cofanes habían traído desde el Valle del Guamuez para compartir la medicina, en ese breve momento de repartición del remedio mira fijamente a los ojos de las personas que van a compartir la medicina, escanea nuestro cuerpo, nuestro espíritu, y hablando con la bebida sagrada del yagé, le pregunta si podemos o no tomar la medicina de sus antepasados; después de la aprobación, vuelve a mirar a cada persona que recibe el recipiente, los mira otra vez a sus ojos, buscando en medio de la oscuridad los miedos que atormentan el alma de cada aprendiz, hasta que finalmente el bejuco sagrado le dicta la medida exacta del agua bendita que nos va a servir. A muchos, por impensable que parezca, el mayor les puede decir que aún no es el momento de tomar remedio y simplemente les apartará de la fila.

En comunidad, el ritual de yagé es el encargado de poner a prueba a los que seguirán el camino. Para el taita Gustavo Queta, mayor de la comunidad de los cofanes del Putumayo, fue una sorpresa —y una prueba que la vida tenía en su camino al convertirse en taita cofán— la noche que sus mayores, en medio de su pueblo y preparándose para la ceremonia, le informaron que iba a ser el encargado de servir el remedio. Esa noche, cuenta el taita, entendió que aquello que los chamanes le estaban delegando, era un examen al que sus abuelos y ancestros nativos lo habían invitado; la responsabilidad que dejaban en sus manos y en su conocimiento era esa fuerza necesaria para continuar el legado indígena a través del tiempo.

Don Juan pone a prueba a su aprendiz en diferentes encuentros. El antropólogo había insistido en que le transmitiera conocimiento, preguntando insistentemente por el peyote. Algo tuvo que observar el indio yaqui en aquel hombre blanco, para saber que era un invitado especial de la planta. Don Juan lo lleva hasta su vivienda, donde espera despejar las dudas que tiene de su nuevo aprendiz. Carlos Castaneda, que en un comienzo tenía un interés distinto al que se encuentra sumergido en ese momento, se siente atraído por la curiosidad que le generan las plantas de poder, con las que tuvo cercanía desde la academia, y que ahora tiene la oportunidad de aprender no leyendo, ni escuchando, sino experimentando con una de ellas, el peyote, la planta milenaria que ha sido el soporte vital de diversas comunidades indígenas del mundo. Y en ese espacio de confrontación espiritual el protagonista logra superar lo que sería la primera de las pruebas, una exploración que lo lleva por un camino sagrado. “Don Juan, en cambio, se hallaba muy seguro de que yo había triunfado y, actuando en concordancia con mi éxito, me hizo saber que iba a instruirme con respecto al peyote” (Castaneda, 1974, p. 83).

El chamán descubre que su discípulo se está acomodando por el camino del saber en la medida que su espiritualidad comienza a expandir el conocimiento; la conexión con una planta implica adentrarse en una rigurosa vida de adquisición de saberes. “Se toma yagé una y otra vez, hasta encontrar el camino del bien”, relatan los cofanes al momento de hablar de sus aprendizajes, de sus maestros, de sus creencias. Siguiendo este pensamiento aborigen, el aprendizaje del hombre blanco continúa en manos de su benefactor que lo lleva a

otro nivel de conciencia con cada enseñanza compartida. Don Juan le pasa a su protegido un recipiente que contiene cortezas de mescalito, agregando que ya está listo para continuar su camino de aprendizaje, pues el peyote lo ha elegido.

A través de su texto, el autor comienza a contarnos una serie de situaciones vividas en la experiencia, para él “alucinógena”, con esta planta sagrada, un suceso que le deja algunos interrogantes sobre lo que consideramos realidad. Dentro de los pensamientos alcanzados en este estado, el antropólogo cataloga su viaje como una realidad no ordinaria. Una expresión que se utiliza en la lectura para identificar los dos espacios en los que se desarrolla este proceso: la realidad y la realidad no ordinaria. Desde mi interpretación, lograr penetrar en un mundo, quizás con otra realidad posible, significa abrir las puertas de la conciencia para intentar alcanzar un conocimiento desde la proximidad con una nueva vida, una distinta a la que se suele tener en ruinas. Los problemas que se esconden en lugares recónditos de la mente y el corazón requieren de soluciones que iluminen el pensamiento desde lo profundo del ser. Desde adentro hacia afuera, se trata de un componente sagrado heredado de las antiguas cosmovisiones, que busca sanar lo que está dañado reorganizando todo nuestro organismo, entrando por los laberintos de la mente y conectando con la ancestralidad a nuestro pensamiento. Todo se transforma dentro de un espacio corporal dominado por nuestros espíritus gracias a esa conexión que se da cuando abrimos el portal de una realidad no ordinaria. Ahí ha comenzado su tarea de formatear nuestro pensar, esperando que logremos a través del remedio actuar bajo los principios de rectitud, como estipulan todos los acuerdos indígenas, donde las reglas fueron dictadas por su planta madre (llámese peyote, yagé, San Pedro, tabaco, hoja de coca, entre otras).

Mientras Castaneda comienza a recibir de las enseñanzas del indio yaqui, maestro del peyote, un conocimiento milenario heredado con las mismas costumbres de los pueblos antiguos, Don Juan, a través de un método lleno de cosmovisión, lo instruye como lo haría cualquier chamán, a través de la observación, el acompañamiento y la práctica; al prepararlo para cada nuevo reto, el benefactor sabe lo que cada prueba dejará grabado en su pensamiento para poder avanzar junto a su protegido por un camino lleno de enfrentamientos consigo mismo,

cada vez más duros. Las enseñanzas que todo curaca comparte con su aprendiz están acompañadas de mensajes del entendimiento que ellos han llegado a experimentar con las plantas, la vida y el mundo. Los indígenas más cercanos a los espíritus que viven en los territorios sagrados, conservan sus creencias como medio de conexión con ellos, así pueden recibir de ese contacto con la madre tierra el poder que los lleva a ocupar un lugar mitológico en la historia de su tribu. Un poder sanador, protector, visionario, que ayude no solo al espíritu del universo a equilibrar los estados de conservación, sino que produzca en la comunidad la unión fraterna de sus integrantes. Convertirse en aliados cercanos de las plantas significa también querer dominar por completo los estados de conciencia que se alteran con esta interacción sagrada.

Para don Juan, mescalito ha sido la conexión espiritual de muchos chamanes de su tribu; el abuelo yaqui nos cuenta de personas que le han dado intenciones poco honorables a la planta, como la brujería, lo que implica un camino espiritual distinto al que cada benefactor tenía pensado brindar con su planta de poder al mundo, un conocimiento adquirido; serán sus acciones e intenciones las que lo llevarán a construir pensamientos positivos o negativos en cada actuar; las plantas que ha dejado el creador, cada una sembrada en la chagra del universo, contienen los componentes naturales que sus raíces milenarias heredaron de otros y que han permitido a las diversas tribus del mundo, además de establecer una relación espiritual con ellas, convertirlas en soporte y equilibrio para la vida.

Las tribus del mundo han utilizado cada una de las plantas de poder para proteger su ancestralidad, su territorio y su gente; así que reconocer que existen brujos puede ir en contradicción con los propósitos de la cosmovisión con que fueron creadas. Por más que el hombre antiguo, ancestral, indígena, mestizo o el mismo blanco, haya esculcado al detalle hasta descifrar la forma de llegar al lado oscuro de los remedios y utilizarlos bajo criterios de conveniencia, la conciencia del pensador del remedio debe entender que, entre más poder se tiene, habrá menos dominio y control de los pensamientos; aprender a enfrentar estas dificultades requiere de una maestría que solo el largo tiempo en contacto con el remedio otorga. Recuerdo una historia narrada por un amigo cofán, William Salazar. Me contó que

en tiempos antiguos las cosas eran distintas, había más poder en los mayores, aunque también había mucha maldad en el pensamiento de algunos. En medio de la borrachera que produce la bebida sagrada me cuenta el relato, su rostro se mueve entre la fogata, esquivando por momentos el calor y el humo de la llamarada, alza su mirada y me cuenta casi transformando su voz una historia que nos permite imaginar un poco el poder que tienen los chamanes, para hacer el bien o para hacer el mal:

Una noche el Curaca finado Patricio, estaba en la cocina de su casa preparando un ambil. Tenía una olla grandecita ya del crudo del tabaco, hervía en la fogata de la cocina. Él había tenido un enemigo, otro mayor. Cuando el taita patricio estaba descuidado, salió de la tierra, como entre las llamas el enemigo y se le tomó todo el ambil que había preparado, de una sola y eso que quemaba ese ambil. ¡Lo mató de una! Cayó el finado Patricio sin poder defenderse del ataque de su enemigo. (William Salazar, comunicación personal, 27 de abril de 2013)

En medio de la narración, don Juan lleva a Castaneda a conocer no sólo una planta madre (el peyote) sino que lo pone en contacto con el aprendizaje de dos plantas más a las que llama “aliados”, la yerba del diablo y el humito. Es otra conexión que establece el antropólogo con el aprendizaje desde su propia conciencia y su experimentación con la fuerza de la naturaleza. Esto le permite entender la importancia de la fauna y los seres que la habitan, sean o no de esta realidad, pero siempre fundamentales en el equilibrio que requiere todo lo que contemplamos como vida; la medicina ancestral ha sido descubierta para el beneficio propio; por lo tanto, darle un uso inadecuado, no solo expone su propia vida, sino que también pone en peligro la continuidad ancestral de toda una civilización.

Desde mi óptica como lector, los “aliados” son las medicinas naturales que acompañan a la planta madre, junto a su benefactor, chamán, abuelo, taita, o mayor, encargados de guiar el camino de sus protegidos. Los cofanes, tribu con la que he tenido un contacto más cercano, en relación a la planta madre del yagé, llevan en sus genes botánicos la planta de tabaco como uno de los aliados más poderosos en función de su vida en comunidad; lo fuman, soplan su polvo, comen

su extracto, con el tabaco curan, todo para fortalecer el alma, el cuerpo y el espíritu.

Don Juan ofrece enseñarle sobre la yerba del diablo, una planta de mucho bien, si se la trata como se merece. Todo lo que sucede dentro de un aprendizaje como éste nace de la conexión espiritual del hombre con la madre selva y sus plantas poderosas; sabe que convertirse en un ser de conocimiento implica que ante los ojos del remedio debe enfrentarse a sí mismo, ser capaz de vencer aquellas tormentas que se duermen en nuestra conciencia. La yerba del diablo ha conectado con el aprendiz; las sensaciones que tiene cuando está bajo los efectos de este poder, le hacen creer que ese es su camino, su “aliado”; a Castaneda (1974) le gusta lo que experimenta con esta planta, la ambición de llegar más lejos con ella pareciera cegar su aprendizaje. Dice don Juan: “La yerba del diablo es para aquellos que buscan poder” (p. 170). Y Castaneda, aunque quizás sin ser consciente de ello, desea tener el don de la adivinanza que le ofrece la datura.

En su experiencia con ella, dado su naturaleza de alguna manera oscura, este aliado que tiene como poder la adivinación, utiliza a dos lagartijas como médium para comunicar los deseos que el portador del aliado desea le sean revelados. Los animales utilizados para este ritual, después de una minuciosa secuencia de pasos en los que implica coser la boca de una y los ojos de otra, se convierten en los mensajeros directos de la planta. Mientras la primera lagartija, a la que Castaneda le ha cocido la boca se va en busca de respuestas, la segunda que se ha quedado a su lado, cegada por la costura de sus ojos, se encarga de contarle al oído todo lo que le sea revelado a su hermana desde otro plano cósmico que no se nos cuenta, y quizás nunca nos será contado, habrá que descubrirlo por nuestra propia cuenta; condicionados por la yerba del diablo, Castaneda y las lagartijas se encuentran en un momento difícil del ritual, si algo sale mal, se comete un error, lo pagarán con la vida. Las lagartijas entonces se han convertido en visión y habla para quién utiliza esta brujería y desea adivinar más allá de su presente, una prueba que deberá superar el antropólogo para avanzar en su camino como aprendiz.

Un misterio todo lo narrado sobre esta planta. Don Juan resuelve las dudas que se generan al tratar con ella, le explica que tiene que ser claro con lo que pide o desea; le explica sobre los cuatro enemigos

naturales: el miedo, la claridad, el poder y la vejez, al no lograr derrotar a estos oponentes, se transitará en un mundo incierto, donde el conocimiento se quedará relegado en medio de falsas ilusiones. Caso contrario, cuando el propósito es claro, y logrando vencer a cada uno de estos enemigos se avanza al siguiente escalón, como un verdadero hombre de conocimiento; crecerá, habrá podido diferenciar el camino que tiene que elegir y seguirá su aprendizaje como hombre del saber:

La yerba del diablo es sólo un camino entre cantidades de caminos. Por eso debes tener siempre presente que un camino es sólo un camino; si sientes que no deberías seguirlo, no debes seguir bajo él bajo ninguna condición. Para tener esa claridad debes llevar una vida disciplinada. Sólo entonces sabrás que un camino es nada más un camino, y no hay afrenta, ni para ti ni para otros, en dejarlo si eso es lo que tu corazón te dice. Pero tu decisión de seguir en el camino o de dejarlo debe estar libre de miedo y de ambición.
(p. 171)

Durante estos encuentros, me sorprenden dos aspectos que, de formas distintas en el aprendizaje y en el uso de las plantas, se convierten en un lugar común en estos espacios de exploración y aprendizaje con la ritualidad y las plantas de poder. El primero hace referencia a esa relación que existe entre los pueblos aborígenes con los animales, como deidades, servidores, protectores, mensajeros. El hecho de utilizar dos lagartijas para cumplir una misión a través de la yerba del diablo debe entenderse desde una realidad distinta a la normal; la capacidad de los animales para hablar y comunicarse desde un lenguaje concreto puede ser difícil de digerir, ya que sólo estamos dispuestos a creer en lo que por inercia nuestros ojos ven. Sin embargo, el poder de los chamanes va más allá de nuestra percepción de la naturaleza; el abuelo yaqui conoce este camino, este mundo de misterios y maravillas, sabe cómo invocar la magia de los animales y utilizarla con ellos en beneficio de su sabiduría.

El taita Salvador, uno de los chamanes representativos de la comunidad cofán del Putumayo, cuando tomaba yagé invocaba poderosos rituales para traer alimentos de adentro de la selva, alimentos traídos por los propios animales del monte, hipnotizados por su poder chamánico. Este taita fácilmente se comunicaba con ellos,

y con la fuerza animal de la selva; los animales acudían con frutos del monte al llamado del curaca que los invocaba por la fuerza natural que heredó del yagé. El taita Gustavo Queta cuenta que los mayores se comunicaban con la naturaleza, y describe en su relato un pasado poderoso de los chamanes sabios de su territorio:

El taita Salvador está enterrado en Luzón. Me conversaba el taita Plácido que va a cumplir 100 años, mi taita Plácido, todavía toma yagé, está viejito mi taita; él era compadre de ellos, del taita Salvador Moreno, y más antes como el pueblo cofán era en La Hormiga, del puente del río La Hormiga más abajito ahí vivían ellos. Ellos subían por la quebrada La Hormiga hasta jarriba!, al varadero de ahí había un espacio, jalaban la canoa y prum, al Guamuéz, y bajaban por río más pa'bajo, a visitar al compadre. Llegaban en canoa, a palanca y a veces el compadre preparando yagé, llegaban ahí. Bueno, contentos, compadre, ¡ahora vamos a tomar yagé! Bueno, tomaban yagé, antes tomaban tutumados grandes cocinado de yagé. ¡Tome usted también compadre! Y los que acompañan, y apenas lo emborracha, saltan, cantan, ahí se va a la olla, a tomar otra porción, y fume charuto del propio, ya, ¡ahí sí emborracha! ¡Más duro! Ahí ya salen a cantar en el patio, ya ¡pa'llamar cacería! Va de pa'bajo corriendo, ¿ya?... como si tuviera los dos manados, los dos pequeñitos. (Gustavo Queta, comunicación personal, 22 de marzo de 2014)

El taita cierra los ojos y canta en su lengua nativa, imitando los cantos pasados de sus mayores, sonidos que en la borrachera parecieran el gran tigre mariposa rugiendo en el patio de la casa del yagé; continúa su relato:

Trotando por esos lugares, llamando la manada. O sea, el hijito chilla y la mama atrás lo busca. Toda la manada, cuando menos piensa, es, ¡ta! ¡ta!, ¡ta! ¡Los coquillos mano!, los ponen en el patio, así, por ejemplo, aquí. Ya se va pa'bajo, allá ya queda en silencio, va de pa'rrriba, vuelve y canta, cuando ya está lejos, de allá se escucha los rugidos, ya llega ahí en el patio, ¡los chorongos!, los monos, cuando se escucha ¡pum! ¡Pum! Cayendo los caimitillos mano, los saínos, ese puerco salvaje, ¡imagínese!, ¡la sabiduría!... ya canta eso, ya lo va a dejar otra vez. Al otro día esa mano de coquillos partidos, caimitillos en el patio. ¡Compadre! Coja, ¿cómo siente ese

coquillo partido? Dulcecito, la carne del coquillo. Cómo es la ciencia... ese era el finado salvador, llamando cacería. ¡Sabio! Eso me conversaba mi taita Placido. Esa es la ciencia de los abuelos, el conocimiento. (Gustavo Queta, comunicación personal, 22 de marzo de 2014)

Esta relación con los animales —dejando claro que hay una evidente diferencia en la utilización del poder en cada relato— es una muestra de que sólo un hombre de conocimiento puede llegar a esa conexión con sus hermanos animales e invocar la fuerza de una deidad tan poderosa como su saber. El animal que llega a hacer presencia en las ceremonias como deidad espiritual, ha sido llamado con una finalidad; la importancia del curaca como mediador de fuerzas para mantener a estos espíritus dentro de esa finalidad es evidente, únicamente con él se entienden, por ende, el curaca es la persona capaz de controlar los deseos de esa presencia que ha llegado desde otro mundo al ritual. Las entidades espirituales que se aparecen en una ceremonia con plantas de poder buscan de alguna manera entrar en ella, para bien o para mal, solo un chamán sabio tendrá la capacidad de mediar ante esa presencia invisible y el poder que trae consigo, así como llegan para ayudar a curar pueden inquietar la noche si no se tiene el cuidado que se requiere.

El humito, otro aliado que don Juan le enseña a su protegido, es un hongo convertido en polvo que se absorbe desde una pipa cuidada por el benefactor. La pipa es única, parte privada de los instrumentos de curación que los mayores utilizan, solo él puede ver, tocar y utilizar; el aprendiz cuando la herede podrá experimentar con ella, antes no. Castaneda recibe de don Juan el humito, prueba su ritualidad, su poder y accede a un mundo nuevo, alcanza un viaje místico convertido en un ave, específicamente un cuervo. Explica el indio Yaqui que todo se debe al poder que rige en este hongo, y su noble intención de alcanzar una forma distinta para ver completamente el cosmos que nos rodea. Dice don Juan: “el humito no es para los que buscan poder. Es sólo para quienes anhelan ver” (Castaneda, 1974, p. 256). Creer que un hombre del común como Castaneda puede llegar a tener ese instante de conexión y de poder quizás resulte para muchos una falta a la verdad; sin embargo y guardando las proporciones, las personas que tomaron

un camino que posee corazón, son capaces de reconocer a través del remedio la deidad animal que los protege.

Me encontraba en una ceremonia de yagé cuando la bebida sagrada orbitaba en todo mi cuerpo; alcé la mirada desde el sitio donde me encontraba acostado, y mi amigo, aquella persona que me había llevado al camino del remedio, estaba sentado al lado mío respirando fuertemente su borrachera; mi visión comenzó a percibir una distorsión del semblante de aquella persona que me acompañaba; después de observar detenidamente, me percaté que comenzaba un proceso de transformación en él; de repente, no era un humano el que estaba sentado cuidando el espacio, era algo extraño que mis ojos no lograban identificar. Aquella figura se extendía desde sus pies, enrollaba su cuerpo y sacaba la cabeza a la altura de sus ojos que brillaban y cruzaban su mirada con la mía. Apenas podía creer lo que estaba observando. En medio de mi catarsis, me quedé quieto esperando a ver qué pasaba, y después de mirar directo a sus ojos, noté de una manera clara y extraña que aquella deidad presente a través de la energía del remedio, en ese preciso momento y espacio sagrado, era una boa, una serpiente de poder natural en la cosmovisión cofán, que se encarga de cuidar y proteger a la tribu, dadora de alimentos y bienestar para los ríos; su presencia siempre se agradece, pues, como mensajera de las aguas, trae las enseñanzas recolectadas en ese viaje sideral por la selva.

El otro aspecto al que me quiero referir es al momento cuando el curaca invoca la presencia de un gran espíritu, uno de mayor fuerza y poder que el propio chamán llama desde la ceremonia, “el espíritu del yagé”. Ese saber antiguo ha logrado que los taitas puedan entrar en un mundo que está más allá de nuestra simple percepción; un estado de conciencia más puro que le permite al benefactor dialogar con otros seres que habitan las diversas dimensiones y planos del universo indígena. Con el peyote y los aliados, Castaneda encuentra esa presencia —para él extraña— de “mescalito” y que para don Juan es la demostración de un conocimiento alcanzado. Al antropólogo le han llegado por invocación chamánica, mediante el canto, la melodía y la voz, tal como les ha pasado a los curacas en el instante en que aprenden su canto, y eso para el abuelo Yaqui es un logro. Y ese saber le salva la vida al investigador cuando, casi al finalizar su relato, se encuentra enfrentando un ataque de una diablera, alguien que aprendió el poder

de las plantas y lo utilizó para beneficio propio. Un camino de miedo y ambición.

Poder sentir la llegada del espíritu del yagé a la sala donde se encuentra el altar del remedio, es un momento que no todos tenemos la posibilidad de presenciar en una ceremonia. Cuando el chamán con sus cantos abre la puerta terrenal a sus aliados, se presenta una posibilidad para todos los espíritus de ingresar a este espacio; el hombre de conocimiento que lo ha permitido, a través de su poder restringirá la entrada y salida de estos; tiene el lenguaje nativo necesario para dejar pasar a su ceremonia a los invitados sin perder el control de la situación; así lo hizo el primer cofán en el mito de creación, así lo harán por siempre todos esos mayores que sigan ese legado nativo. Que Castaneda haya logrado ser testigo de esa presencia, es para mí una muestra de su poder alcanzado durante su aprendizaje.

Esto me lleva también a pensar en lo que me cuenta un viejo tomador de yagé que anda el camino de las medicinas con la mayoría de taitas cofanes: la relación existente entre el poder de chamán y el remedio que ofrecen, permite alcanzar una visión clara y consciente de la llegada del espíritu del yagé durante la ceremonia, siempre y cuando el aprendiz sea digno de recibir esa oportunidad:

Me encontraba en la casa de don Alonso, gracias a una invitación recibida de su parte. Mandó a cortar un yagé y dijo: “Corte de ese que tengo allá atrás, un yagé Tama, ese es especial para mis amigos, ese permite ver gente”. Luego que tomé ese yagé, vi una cantidad de gente presente en esa reunión, yo no me explicaba que había pasado. (Wilmar Moncayo, comunicación personal, 27 de marzo de 2021)

Don Juan, a través de la palabra heredada de sus antepasados, como todas las palabras nativas del planeta que transmitieron su conocimiento con su propia lengua, lleva a su discípulo a un estado de conciencia, que le permite evaluar con mayor claridad su pensamiento, le explica las herramientas espirituales que un chamán debe sentir en su corazón. Cuando los abuelos nativos cofanes cuentan sus mitos, sus historias, sus creencias, lo hacen invocando esa historia que otros indígenas vivieron tal y como ahora lo hacen ellos. Cada una de esas narraciones míticas exalta el conocimiento de su maestro, el que fue el guía para

encontrar el camino correcto. No hay un maestro sin un discípulo, ni tampoco un aprendiz que no tenga un benefactor; Castaneda sigue enfrentándose a sus temores, a esos demonios que lo persiguen; por eso, debe transformar sus saberes, sus creencias, sus fobias, si en verdad desea convertirse en un hombre de conocimiento.

El antropólogo sigue conociendo y aprendiendo los poderes de las plantas; estos aprendizajes lo llevan a cuestionarse frente a esa lógica académica instruida en la universidad, desde una mirada occidental bien aferrada a su canon. Vamos entendiendo poco a poco que la ancestralidad, la magia y la hechicería han tomado la voz narrativa en este encuentro. Don Juan expone su saber al mundo del conocimiento mediante su aprendiz, quien comienza a experimentar de forma directa el poder que está guardado en las diversas cosmovisiones indígenas. Y sin detallar el momento preciso, el investigador se convierte en un ser que deja de estudiar su entorno para sumergirse en un estado de conciencia más profundo, donde debe cuestionar su pensamiento lleno de saberes y bajo los efectos de poder que las plantas le han revelado vaciar y a la vez llenar su mente con nuevas formas de ver el camino. Su estado de realidad ordinaria se confronta con imágenes que le permiten transitar por otros estados del pensamiento; él se convierte en fragmentos de la vida que llegan a través de un mundo antes jamás vivido; cuestiona sus deseos; se encuentra en medio de una realidad no ordinaria que le muestra por dónde debe seguir; como diría don Juan, “un camino que tenga corazón”; y cuando el libro sugiere que la magia ha vencido a la antropología, el aprendiz renuncia a su enseñanza; el miedo se apodera de su corazón, y sintiendo que ese camino no era seguro, deja las enseñanzas, cuestionando cada situación vivida:

Esa experiencia fue la última enseñanza de don Juan. Desde entonces me he abstenido de buscar sus lecciones. Y, aunque don Juan no ha alterado su actitud de benefactor hacia mí, creo en verdad haber sucumbido al primer enemigo de un hombre de conocimiento. (Castaneda, 1974, p. 272)

Para vencer el miedo, el primer enemigo natural de todo hombre que busca conocer su sabiduría, su ancestralidad, su conciencia, su verdadero pensamiento interno; aquel que busca convertirse en “un ser de conocimiento”, deberá recurrir a su fuerza natural, aquella que

solo se encuentra en el corazón, en el alma, para enfrentarse a las angustias que se encuentran en su mente. Buscar que la ritualidad con las plantas de poder el aliento, el impulso, incluso la salvación. Debe tener claro que no debe retroceder ante ningún miedo, por más difícil que sea nuestra experiencia continuar un camino arcaico, a través del remedio, nos brindará las herramientas para derrotarlo. Seguir el sendero del chamán, ese mundo del pasado que entreteje una sociedad de equilibrio, nos posibilita la oportunidad de construir una nueva forma de actuar en este mundo.

Por el momento, este texto que lee a través de la experiencia, de forma personal y a modo de diálogo, dos culturas, deja la puerta abierta para que todos los interesados en acercarse a *Las enseñanzas de don Juan*, sientan el llamado para comenzar su propia búsqueda con las plantas de poder; mi propia experiencia y los recuerdos que permanecen en mi memoria han forjado una posición, un nuevo pensamiento y una espiritualidad que todavía requiere de una búsqueda continua.

REFERENCIAS

- Castaneda, C. (1974). *Las enseñanzas de don Juan: una forma yaqui de conocimiento*. Fondo de Cultura Económica.
- Chapal, W., Queta-Quintero, I. & Quintero, M. (s.f.) *Plan de Salvaguarda del Pueblo Cofán: Ingi Atesw'pama Ñña'he*. https://siic.mininterior.gov.co/sites/default/files/pueblo_cofan_-_diagnostico_comunitario.pdf
- López, A. (2017, 17 de octubre). *La leyenda prehispánica del origen del peyote y otras drogas*. <https://culturacolectiva.com/historia/leyenda-del-origen-prehispanico-del-peyote>
- Sentipensarlovividio. (2019, 12 de mayo). *Cuentos de la narración Wixarika*. <https://sentipensarlovividio.wordpress.com/2019/05/12/cuentos-de-la-narracion-wixarika/>